

rado, el cual a los pocos días le visitó como tenía intención de hacerlo antes de embarcarse.

En la conferencia ambos mostraron cortesía y buena voluntad pues ya no había causa verdadera de recelo; y como puede imaginarse, cada uno de los dos jefes contempló al otro con no pequeño interés, pues ambos habían llegado a una grande altura en materia de arriesgadas empresas. En la comparación sin embargo Alvarado tenía alguna ventaja sobre Pizarro; pues este aunque de presencia majestuosa no tenía el exterior brillante, las maneras francas y joviales que no menos que su fresca tez y sus dorados cabellos habían granjeado al conquistador de Guatemala en sus campañas contra los aztecas el sobrenombre de *Tonatiuh* o hijo del Sol.

Grandes funciones presenció entonces la antigua ciudad de Pachacamac; pero en vez de los cánticos y sacrificios ofrecidos en honor de la divinidad india, resonaron en ella los ecos de los torneos moriscos y de los juegos de cañas y justas con que los guerreros españoles se complacían en recordar las diversiones de su país natal. Terminadas las funciones, Alvarado se volvió a embarcar para su gobierno de Guatemala, donde su ánimo inquieto le empeñó de nuevo en otras empresas que pusieron término a su vida aventurera. Su expedición al Perú daba una idea perfecta del carácter y vida de aquel hombre. Estaba fundada en la injusticia, fué ejecutada con temeridad y concluyó desastrosamente (1).

La sumisión del Perú podía ya considerarse en cierto modo como completa. Algunas tribus bárbaras de lo interior se sostenían todavía independientes; pero Alonso de Alvarado, oficial prudente e instruido, estaba encargado de subyugarlas. Bernalcázar se hallaba aun en Quito, de cuya capital fué nombrado después gobernador por la corona.

Allí empezó a abrir cimientos más profundos para consolidar el poder de los españoles y adelantarse hacia el norte la línea de sus conquistas. El Cuzco, la antigua capital de la monarquía india, se había sometido. Los ejércitos de Atahualpa habían sido derrotados y dispersados. El imperio de los Incas estaba disuelto, y el príncipe que llevaba la diadema peruana no era más que una sombra de rei, que un instrumento del conquistador.

El primer acto del gobernador fué determinar el sitio donde había de edificarse la futura capital de aquel vasto imperio colonial. El Cuzco, población retirada entre montañas, estaba demasiado lejos de la costa para capital de un pueblo comerciante. El pequeño establecimiento de San Miguel estaba demasiado al Norte. Era de desear alguna posición más central de las que fácilmente podían encontrarse en alguno de los fértiles valles a orillas del Pacífico, por ejemplo el de Pachacamac que Pizarro ocupaba entonces. Pero examinado con más detención este punto, se prefirió el inmediato valle de Rimac que se extendía hacia el Norte, y cuyo nombre, que significa en lengua quichua *uno que habla*, procedía de un célebre ídolo que tenía un templo muy frecuentado de los indios

(1) Naharro, relación sumaria, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—Carta de Francisco Pizarro al señor de Molina, M. S.

Alvarado murió en 1541 de resultas de las heridas que recibió cayendo despeñado con su caballo al querer subir un precipicio en la Nueva Galicia. En el mismo año por una singular coincidencia pereció su bella esposa en la inundación que destruyó a Guatemala, causada por un torrente de las vecinas montañas.

a causa de los oráculos que en él se daban. Por este valle corría un ancho río que como una grande arteria suministraba por efecto de la industria de los indios mil pequeñas venas que fertilizaban los hermosos prados.

En sus riberas fijó Pizarro el sitio de su nueva capital, a poco menos de dos leguas de su nacimiento, donde se extendía formando un cómodo puerto para el comercio que el ojo profético del fundador vió que había de cubrir sus aguas en alguna época, y no muy distante. La situación central de aquel punto le hacía a propósito para residencia del virrey, pues desde él podía fácilmente comunicarse con los diferentes distritos del país, y vigilar de cerca los movimientos de sus vasallos indios. El clima era delicioso, y aunque a solos doce grados al Sur de la línea, templaban tanto el aire las tibias brisas que generalmente se levantan del Pacífico o de las opuestas cordilleras, que el calor era allí menos sensible que en los puntos del continente situados a igual latitud. Nunca llovía en la costa; pero corregía esta sequedad una nube de vapores que en los meses de verano se extendía como una cortina sobre el valle protegiéndole de los rayos del sol de los trópicos y destilando imperceptiblemente una humedad refrijerante que vestía los campos del más brillante verdor.

Dióse por nombre a la naciente capital Ciudad de los Reyes, en honor de la fiesta de la Epifanía, pues fué el 6 de enero de 1535 cuando, según se dice, fué fundada, o más probablemente cuando se determinó el sitio que había de tener, porque la construcción parece haberse verificado doce años después (1). Pero el nombre castellano cesó de estar en uso aun en tiempo de la primera generación, y fué reemplazado por el de Lima que es una corrupción del nombre primitivo indio de Rimac (2).

El plan para su construcción era muy regular. Las calles debían ser mucho más anchas que las de las ciudades españolas, y perfectamente alineadas, cruzándose unas a otras en ángulos rectos y bastante apartados para dejar ancho espacio para jardines y plazas públicas. Diósele una forma triangular teniendo el río por base, cuyas aguas llevadas por acueductos de piedra debían atravesar las principales calles y facilitar el riego de los jardines de las casas.

No bien decidió el gobernador el sitio y el plan de la ciudad, comenzó con su característica energía las operaciones. Reuniéronse indios de más de cien millas a la redonda para ayudar a la obra; los españoles se dedicaron con vigor a esta tarea bajo la vigilancia de su jefe; cambiáse la espada por el instrumento del artesano, convirtiéndose el campo en un enjambre de diligentes trabajadores, y a los sonidos de la guerra reemplazaron los rumores de una bulliciosa población. La extensa plaza debía estar formada por la catedral, el palacio del virrey,

(1) Esto dice Quintana, siguiendo la autoridad que él llama segura, del padre Bernabé Cobo en su libro titulado *Fundación de Lima*. Españoles célebres, tomo II, p. 250, nota.

(2) Los manuscritos de los antiguos conquistadores demuestran cuán desde el principio se corrompió el nombre primitivo indio en el de Lima. «Y el marqués se pasó a Lima y fundó la ciudad de los reyes que agora es.» (Pedro Pizarro, Descub. y Conq.) «Asimismo ordenaron que se pasasen el pueblo que tenían en Xauxa poblado a este valle de Lima donde agora es esta ciudad de los reyes y aquí se pobló.» Conq. y Pob. del Perú, M. S.